

§ XIII. DEBERES DE SOCIEDAD.

HOSPITALIDAD.

La hospitalidad es un deber de los mas sagrados. En los tiempos antiguos se consideraba al huésped como á un pariente, y casi como á un amigo. (B.)

La acogida que hagais á vuestros huéspedes será segun os lo permitan vuestros medios y las circunstancias; pero deberá ser en todo caso afectuosa, cortés y desinteresada. (*Curso de moral.*)

El convento del monte San Bernardo.

En medio de los Alpes descuella el monte San Bernardo¹, cuya cresta se pierde entre las nubes. Aun en verano es allí excesivo el frio. No se ven en él ni árboles ni arbustos. Sus escarpadas cuevas están cubiertas de nieve; sus inmensas llanuras de hielo están cortadas por profundos precipicios.

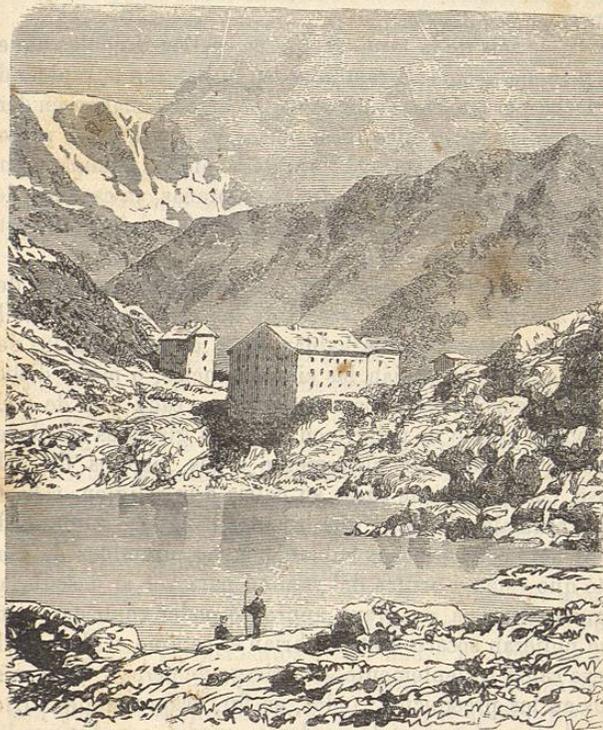
Los que atraviesan por aquellas soledades van expuestos á rodar hasta el fondo de los abismos, á ser enterrados entre la nieve, ó á perecer envueltos por los aludes.

Existe en dicho monte un convento habitado por religiosos dedicados exclusivamente al auxilio de los viajeros que se pierden en aquellos desiertos de hielo, y tienen en su monasterio una raza de perros que han enseñado á secundar su intrépida caridad. Unas veces acompañan estos nobles animales á sus amos, y otras van solos en descubierta, con una campanilla al cuello para advertir á los viajeros, y una cantimplora con aguardiente para que puedan reanimar sus fuerzas. Cuando se encuentra algun viajero enterrado en la nieve por efecto de algun hundimiento, los inteligentes perros vuelven al convento para avisar á sus amos, quienes les atan al cuello una cesta con provisiones y siguen sus pasos; retiran la nieve y sacan al desgraciado viajero, salvando así su vida las mas de las veces.

1. Situado entre Italia y Suiza. Es uno de los pasos mas frecuentados

para ir á Italia; tiene 3,470 metros sobre el nivel del mar.

« A fines de abril, dice un escritor, iba yo al Piamonte por el camino del monte de San Bernardo. A eso de las cuatro de la tarde, la pequeña caravana en cuya compañía habia yo franqueado este peligroso paso, llegó á la cum-



Convento del Monte San-Bernardo.

bre del monte, y despues de restaurar sus fuerzas en el monasterio, se volvió á poner en camino para ir á pernottar en el valle de Aosta. Yo no quise seguirla.

« Habia disminuido ya mucho el calor del sol y hasta el cielo comenzaba á encapotarse; algunas nubes vaga-

ban ya por las crestas de las rocas, y se amontonaban en las estrechas gargantas de aquellas soledades. La inquietud se apoderó de mí y me resolví á pasar la noche en compañía de los hospitalarios religiosos que participaban de mis presentimientos, que por desgracia no nos engañaron.

« A las seis de la tarde estaba ya casi en tinieblas aquella planicie helada; arrastradas las nubes con la rapidez de la flecha por un viento noroeste, se arremolinaban en derredor de las agrupadas rocas; oíase ya á lo léjos el rumor de los aludes y átomos de apretada nieve, menuda como polvo, ya desprendiéndose de las montañas, ya cayendo del cielo, interceptaban la escasa luz y ocultaban á la vista todo lo que nos rodeaba.

« Miétras yo conversaba con el prior del convento, delante de un buen fuego, acerca de las consecuencias de la tormenta, los religiosos habian ido á cumplir con los deberes que les imponian las circunstancias, ó mejor dicho, á ejercer sus buenas obras cotidianas; cada uno de ellos ocupó su puesto de peligro en aquellas glaciales soledades para poder socorrer eficazmente á los viajeros de toda clase, cualquiera que fuese su patria ó su religion, y hasta á los animales de carga que les acompañaban. Algunos de estos heroicos solitarios subian por las pirámides de granito que están á orillas del camino para ver si descubrian alguna caravana en grave apuro, ó poder constatar á los que pidieran socorro; otros abrian el camino oculto por la nieve caída recientemente, con riesgo de perecer ellos mismos en los precipicios; todos, en fin, despreciando el frio, los aludes, el temor de perderse, medio cegados por los torbellinos de nieve, prestaban oído atento al menor rumor que se asemejase á la voz humana.

« Su heroísmo y su vigilancia son inapreciables; ningun desgraciado les llama en vano; los religiosos le sacan medio ahogado de debajo de los aludes, le reaniman aun cuando esté próximo á espirar de frio y de terror; le trasportan en sus brazos, miétras sus piés resbalan en el

hielo ó se hundan en la nieve, y este ministerio le ejercen dia y noche, á todas horas.

« Hacia ya una hora que cinco religiosos, sus criados y sus perros, buscaban la huella de los viajeros, cuando los ladridos de los fieles animales nos anunciaron su regreso,

« Diez personas entraron en el monasterio, extenuadas de cansancio, ateridas de frio y de espanto. Sus guías olvidaban su fatiga propia; y todo lo que puede ofrecer la mas solícita hospitalidad, todo lo que ni á peso de oro se podría encontrar en las mejores posadas de las ciudades, desde la ropa blanca hasta los licores mas fortificantes, todo estuvo dispuesto al instante, distribuido sin distincion, y empleado con tino y tacto exquisitos. »

La isla de Sein.

A cuatro kilómetros de la costa, en el departamento del Finisterre, se halla la isla de Sein, planicie aislada y estéril, que apenas cuenta 350 habitantes, todos pescadores. Esta poblacion activa y hospitalaria, parece haber dedicado su existencia entera al servicio de la humanidad. Desde 1617 hasta 1765 han salvado estos isleños de una pérdida segura, á un navío de línea, una fragata, dos corbetas, un lugre, tres barcos mercantes, entre los cuales se hallaba un trasporte que traia de las colonias quinientos soldados franceses; cinco tripulaciones enteras de buques de guerra ó mercantes, y ochocientos diez y nueve hombres pertenecientes á la tripulacion del *Séduisant*, navío de primer órden que se estrelló contra el Fevenec, el escollo mas peligroso de la terrible costa de Sein, tan fecunda en catástrofes nocturnas y muertes ignoradas.

Y si la tempestad, que cada vez era mas terrible, no hubiera hecho el mar impracticable, hubieran salvado hasta el último hombre del *Séduisant*.

Por espacio de once dias que el estado del mar impidió toda clase de comunicacion con la tierra firme, los habitantes de la isla dividieron fraternalmente con los náufragos

sus casas y sus provisiones; de modo que si la tempestad se hubiera prolongado mas, habitantes y refugiados hubieran perecido de hambre. Hace unos veinte años, estos mismos isleños salvaron la tripulacion entera del bergantin inglés de guerra *la Bellísima*, que formaba parte de la escuadra del almirante Codrington.

Un moro de España.

Durante la época en que gran parte de España se hallaba bajo la dominacion árabe, un castellano mató en duelo á un moro jóven, y se refugió despues en la primera casa que encontró abierta, que pertenecia á otro moro. El castellano imploró su proteccion; el moro, tomando un albérchigo, le ofreció la mitad y comiéndose la otra, le dijo: « Come esta fruta y no tengas cuidado; desde este momento eres mi huésped. » Esconde al castellano en una habitacion aislada y se guarda la llave. Pero no tarda en saber que es su hijo el que ha sucumbido á manos del castellano; espera que llegue la noche, va á la habitacion donde éste se halla y le dice: « ¡Ay desdichado! ¡Era mi hijo al que tú has quitado la vida!... Sal de aquí, aprovecha esta noche para escapar, porque si los deberes de la hospitalidad encadenan hoy mi venganza, mañana recobrarán sus derechos la justicia y el amor de padre. »

El proscrito.

[1794.]

Fabre de Églantine, miembro de la Convencion, proscrito y condenado á muerte, se habia librado de ir al cadalso por medio de la fuga y buscaba asilo. Sabedor de que una señora, á quien él habia perseguido cuando estaba en el poder, habitaba una quinta aislada en Ivry, toma la extraña resolucion de ir á refugiarse en su casa. Entra, en efecto, y dice á aquella señora. « Yo he amenazado vuestra existencia, pero hoy está la mia en vuestras manos. Si me con-

cedeis hospitalidad estoy en salvo, pues como se sabe que he sido vuestro enemigo, es seguro que no vendran á buscarte en vuestra casa. »

Grande fué la sorpresa de aquella señora, pues el que en otro tiempo la habia tenido encerrada en un calabozo, venia ahora á pedirle hospitalidad. ¡Y en qué momento! ¡Cuando la ley condenaba á muerte á quien quiera que diese asilo á un proscrito! « Sois mi huésped, le dijo, y haré todo lo que pueda por salvaros. »

Fabre permaneció algunos dias en completa seguridad en casa de aquella noble mujer, pero pronto tuvo que buscar un retiro mas distante de Paris. Circulaban en Ivry rumores sospechosos y habian empezado las visitas domiciliarias en los alrededores. Fabre se empeñó en marcharse, y la señora, obligada á consentir en ello, le dió un traje de aldeano y lo dispuso todo para que reemplazase en un carricoche al hermano de su jardinera que debia ir á llevar leche al mercado de Choisy.

Antes de rayar el alba se acomodó Fabre en el carruaje; á su lado iba una aldeana con un ancho pañuelo de indiana en la cabeza que la cubria el rostro en parte, rodeada de cestos de huevos y cántaros de leche, con las bridas del caballo en la mano. Cuando ya fué mayor la claridad del dia, prorumpió Fabre en un grito de sorpresa al reconocer en la aldeana que iba á su lado á la misma señora que le habia hospedado, y que no quiso confiar á nadie el cuidado de salvarle. Le condujo muy léjos y no volvió á su casa sino ya muy entrada la noche

El prisionero de guerra.

Guillermo Apfel, soldado prusiano, prisionero en la batalla de Jena¹, fué enviado al acantonamiento situado en las cercanías de Mèves (Nièvre). Los aldeanos en cuya casa estaba alojado, léjos de tratarle como enemigo, le prodiga-

1. 14 de octubre de 1806.

ron cuidados capaces de hacerle olvidar su cautiverio, pero sin que nada le pudiera distraer del recuerdo de su país y de sus padres. Antonio Fouquier, hijo de su patron, se conmovió al ver su dolor, y poniendo en sus manos 80 francos que tenia ahorrados, le proporcionó medios para que pasase la frontera.

Siete años despues servia Antonio Fouquier en el 4º ligero, y herido en el brazo en la batalla de Leipsik⁴, tuvo que rendirse. Le despojaron de la mayor parte de su ropa, le quitaron hasta los zapatos, y con algunos compañeros de infortunio, fué enviado hácia el interior de Prusia. Caminaba entre dos hileras de soldados enemigos, cuando uno de éstos se dirige á él y le abraza con efusion. Era Guillermo, que habia reconocido á su bienhechor y corrió en seguida á solicitar su libertad. El relato del generoso corportamiento de Fouquier conmovió al general prusiano, y el jóven frances, acogido en el seno de la familia de Guillermo, no tardó en volver á su pátria.

La hospitalidad á prueba.

[Siglo XVIII.]

A la edad de diez y siete años quedó huérfano de padre y madre el jóven Cárlos Royer, en la ciudad de Montpellier, y recogido por un tío que ya tenia dos hijos, manifestó éste poco afecto al recién venido.

Advirtiéndole el jóven que era una carga para su tío, pidió y obtuvo el permiso para marchar á la Guadalupe con una pequeña pacotilla adquirida con el importe de la pobre herencia que le habian dejado sus padres. Desde aquel día ya no se oyó hablar mas del huérfano, y la familia entera le olvidó, á excepcion del mas jóven de sus primos que tenia un corazón excelente, y al que le agradaba el recuerdo de los años de su infancia.

Con su buena conducta, su asiduidad al trabajo y con

1. 10 de octubre de 1813.

su economía, prosperó Cárlos Boyer en la Guadalupe. Al cabo de treinta años era ya muy rico; no habiendo tenido hijos y encontrándose viudo, se resolvió á concluir sus días en su país natal en el seno de su familia, y en su consecuencia se embarcó con dirección á Francia. El buque nau-



Naufragio.

fragó en la travesía y perdió todo lo que llevaba pero él consiguió salvarse. Como le quedaba en Guadalupe diez veces mas de lo que habia perdido, se inquietó poco de aquella desgracia, y se decidió á aprovecharse de ella para poner á prueba sus parientes y cerciorarse por sí mismo si eran dignos de sus beneficios, pues tenia intencion de repartir su fortuna con sus dos primos y vivir con ellos como un hermano.

Llegado á Montpellier, su primer cuidado fué averiguar su posicion, y supo que el mayor de sus primos, despues de haber prosperado brillantemente en el comercio, se habia retirado de los negocios y vivia tranquilamente de sus rentas; el segundo, por el contrario, habia sufrido muchos

reveses y se vió obligado á aceptar un modesto empleo con el que á duras penas podía subsistir él con su familia.

Boyer se pone una levita vieja, limpia, pero muy raída; un pantalon y un chaleco por el estilo; se endosa una enorme corbata colorada, zapatos gruesos y un sombrero cuidadosamente cepillado pero casi desprovisto de pelo, y vestido de este modo va á llamar á la puerta de Juan Boyer, el mayor de sus primos, y es introducido en la casa.

Aquel dia no estaba Juan de buen humor, pero aunque hubiera estado bien dispuesto, toda su alegría hubiera desaparecido al ver aquel hombre tan mal vestido arrojarse en sus brazos diciéndole: « ¡Ah primo mio, mi querido primo! ¡Qué dichoso soy de verte!

— ¿Está V. loco? dice Juan encolerizado rechazando al importuno; yo no tengo primo alguno, y si tuviera alguno como V. renegaria de él en seguida.

— ¡Cómo! ¿No conoce V. á Cárlos Boyer, que hace treinta años?...

— Hace treinta años, es muy posible, pero no me acuerdo si ha existido ese Cárlos; si V. es él mismo, dígame V. por fin á lo que viene, y le ruego que sea breve y se despache, porque me están esperando.

— ¡Ah, querido primo! Al volver á Francia ha naufragado la embarcacion que me conducia; los demas pasajeros y yo no hemos podido salvar sino nuestras vidas; traia conmigo cien mil francos y todo lo he perdido.

— ¿Es eso lo que me tenia V. que decir? Y bien, ¿qué quiere V. que yo le haga? Si el dinero está en el fondo del mar, ¿tengo yo acaso poder para hacerle subir encima del agua?

— No señor, pero podria V. prestarme algun servicio como pariente y como amigo. He sabido que se halla V. en una buena posicion, y me he alegrado por V. y por mí, pues todo lo espero de su bondad.

— ¡Muchas gracias por la preferencia; veo que es V. muy amable! Es decir, que V. no ha sabido manejarse y me hace el honor de escogerme para remediar su mala for-

tuna. V. ha hecho disparates y es preciso que yo los pague. Eso seria muy cómodo, pero amigo mio, á pesar de mi buena voluntad, no puedo hacer nada absolutamente; para mí es V. un extraño, y si en alguna parte se alaba de ser pariente mio, puede V. estar seguro que le desmentiré. ¡Buen pariente, á fé mia!

Y diciendo estas palabras empujaba Juan á su primo poco á poco hasta la puerta de la habitacion y de allí hasta la de la calle. Al verse Cárlos Boyer en el umbral, se detiene un momento, y bajando la vista, dice en voz baja:

— ¡Ah primo!... Si al ménos pudiera V. prestarme cinco francos.... esté seguro que se los devolveré mas tarde.... ¿No?... ¡Bueno! ¡Démeme V. siquiera dos!...

— Lo siento mucho.... pero no tengo un cuarto.... es imposible, » dice Juan, y dando un fuerte empujón á su primo, le echa á la calle, por decirlo así; cierra despues la puerta con extrépito, y recomienda á las personas que habia en su casa, se hiciesen cargo de aquel hombre que salia, para que le conocieran bien y no le abriesen la puerta cuando se presentase.

Cárlos sentia lacerado su corazon. « ¡Qué dureza! ¡Qué egoismo! decia para sí. ¡Hé aquí como me trata un pariente, él, que tan fácil le seria socorrerme! ¿Qué recibimiento puedo esperar del otro hermano que es tan pobre?... ¡Oh qué bien he hecho en probar á mi familia! Si Estéban es como su hermano, mañana me pongo en marcha para la Guadalupe, y no dejaré á esta gente ni un céntimo, ni un recuerdo. »

Llega á casa de Estéban, pero allí la acogida es muy distinta. No tuvo necesidad de decir su nombre, pues apenas se presentó, corrió Estéban á abrazarle exclamando: « ¡Cárlos, querido primo! » Y llamó á toda su familia para que participase de su alegría y festejar la llegada del recién llegado.

Pasada la efusion de ternura recíproca, Cárlos Boyer refirió su naufragio. Estéban le estrechaba las manos con inequívocas muestras de sincero interés.

« De modo, primo, que la fortuna te ha sido aun mas adversa que á mí, pues yo no soy tan pobre que no pueda hacer algo por un amigo. Ya buscaré el medio de proporcionarte un empleillo como el mio para que puedas vivir, y entretanto, comerás con nosotros de lo que haya. Nuestra habitacion es un poco estrecha, pero no le hace, apretándonos un poco, habrá sitio para tí. ¡Ah! y ahora que pienso en ello, continuó el buen Estéban dirigiéndose á su escritorio, tal vez necesitarás algun dinero; permíteme, pues, que te adelante esta pequeña cantidad que me devolverás cuando buenamente puedas, y lo único que siento es que no sea mayor. » Y le presentó una moneda de oro que habia tomado de un cajon, la única que poseia.

Los ojos de Cárlos estaban inundados de lágrimas. Recibió la moneda de oro de manos de Estéban, y llevándola á sus lábios la besó exclamando con voz medio ahogada por los sollozos : « ¡ Oh, toda mi vida conservaré esta muestra de tu buen corazon! ¡Primo mio, mi amigo, mi hermano!... Yo no soy un pordiosero, soy millonario; vengo á dividir contigo mis riquezas; tus hijos serán los míos.... Perdóname que haya puesto á prueba un corazon como el tuyo!... »

Quando supo Juan el suceso cayó enfermo, no de arrepentimiento, sino de despecho y de coraje; recurrió á toda clase de bajezas para volver á la amistad de su primo, pero todo fué inútil; sufrió el castigo que merecia su mal corazon.

URBANIDAD.

La urbanidad es el cuidado que debemos poner para que con nuestras palabras y modales dejemos á los demas satisfechos de nosotros y de sí mismos. (*Curso de moral.*)

No siempre la urbanidad inspira la bondad, la equidad, la deferencia y la gratitud, pero al ménos le da estas apariencias y presenta al hombre por de fuera como debiera serlo interiormente. (*MADAMA DE LAMBERT.*)

Respuesta de Catinat.

Pascábase un dia Catinat por sus tierras, vestido muy

sencillamente cual acostumbraba, cuando se llegó á él un jóven parisiense, y le dirigió estas palabras con su sombrero puesto miéntras el mariscal le escuchaba con el sombrero en la mano: « Buen hombre, yo no sé á quién pertenece esta posesion, pero puede V. decir al propietario que me he tomado la libertad de cazar en sus tierras. » Algunos aldeanos que le oyeron, echaron á reir á carcajadas; el cazador, con tono arrogante, le preguntó de qué se reian. « De la insolencia con que se atreve V. á hablar al mariscal de Catinat, contestaron. Con una seña que nos hubiera hecho le hubiéramos doblado á V. á garrotazos. » Corrió el jóven á donde se hallaba el mariscal y se excusó por no haberle conocido. « No creo que sea necesario conocer á alguien, respondió el mariscal, para quitarse el sombrero. »

Respuesta discreta.

El caballero Guillermo Gooels, gobernador de Virginia¹, hablaba en la calle con un comerciante, cuando acertó á pasar por allí un negro que le saludó, y el gobernador le devolvió el saludo. « ¡Cómo! exclamó el comerciante; ¿saludais á un negro?—Sí señor, contestó el gobernador; pues no me agradaria que un negro fuese mas cortés que yo. »

Leccion de urbanidad.

Una señora que vivia en el campo con su hija Eugenia, su hijo Eugenio, y el señor Dorval, preceptor de éste, recibió un dia la visita del señor de la Paliniere, vecino suyo, y le convidó á comer. Al levantarse de la mesa, propuso el señor Dorval al señor de la Paliniere jugar una partida de ajedrez. El señor Dorval creia ser buen jugador y se alababa de ello. ¡Pero cuál fué su admiracion al ver la prontitud

1. Fué colonia inglesa; en el dia forma parte de los Estados-Unidos de América; en este pais nació el célebre Washington.

con que su adversario le ganó todas las partidas! Eugenia, que estaba á su lado, se reía al verle perder y le preguntaba continuamente chanceándose, si era tan fuerte en aquel juego como acostumbraba á decirlo. Eugenio padecía interiormente de las impertinencias de su hermana; la madre, que estaba bordando en un extremo del salon, no demostraba notar lo que pasaba; pero cuando se hubo despedido el señor de la Paliniere, llamó á Eugenia y la dijo :

— Parece que tengo una hija locuela, burlona, impertinente y descortés. — ¿Pues qué he hecho yo, mamá? — Oídme, señorita : debéis guardar respeto al amigo de vuestra familia, al hombre que se dedica enteramente á la educacion de vuestro hermano; y no solo el señor Dorval merece ese respeto, sino que si teneis buen corazon, debéis profesarle cariño.... — Sí, mamá, respondió Eugenia llorando, yo respeto al señor Dorval y le aprecio.... — Sin embargo, acabais de burlaros de él, y habeis hecho todo lo posible para incomodarle. Aunque fuera cierto que tuviera la pretension de creerse un jugador perfecto de ajedrez, y no tuviera fundamento su creencia, ¿deberiais tratar de poner de manifiesto esa inocente ridiculez? ¿Puede burlarse de los demas el que tiene buen corazon, y demostrar malignidad semejante? — ¡Mamá! exclamó Eugenia derramando copioso llanto, ahora veo que me he reído sin razon, pero no tenia intencion de hacer mal ni de enfadar al señor Dorval.... — ¿Es cierto eso? ¿No os habeis reído de la confusion que suponiais en el señor Dorval? ¿No lo habeis dicho con intencion de hostigarle?.... Examinaos vos misma y contestad. — ¡Sí, mamá, ahora lo conozco! dijo Eugenia sollozando; no he sido buena, en efecto, y merezco ser castigada. »

Eugenio pidió el perdon de su hermana y lo consiguió. « ¡Hija mia! la dijo su madre con tono mas suave, que esto te sirva de escarmiento; acuérdate que la malignidad acompaña siempre á la insolencia. » Desde este dia Eugenia fué en todo tiempo bondadosa, afable y cortés.

Respeto á los ancianos.

Guardad siempre á los cabellos blancos la consideracion que merecen.

Un anciano ateniense buscaba sitio en un espectáculo y no le hallaba. Algunos jóvenes que le vieron en aquel apuro, le hicieron seña de léjos, pero en vez de procurarle un asiento, se burlaron de él. De este modo dió la vuelta al teatro sin saber qué hacer; pero habiéndolo notado los embajadores de Lacedemonia, que ocupaban un puesto de preferencia, se levantaron en seguida é hicieron que el anciano se sentase en medio de ellos. Toda la asamblea observó aquella accion que fué acogida con unánimes aplausos.

Deferencia á los magistrados.

Desde la fundacion de Roma hasta la época de Escipion el Africano, en los espectáculos públicos no habia sitio señalado para los senadores. No obstante, en tan largo espacio de tiempo no se vió nunca que se colocase un particular delante de un senador, pues todo el mundo tenia á honor ceder el puesto á los respetables consejeros de la república. Si alguien hubiese faltado á esta deferencia, hubiera sido objeto de la reprobacion general.

AMISTAD.

La amistad es una necesidad del alma, y mas noble cuanto mas pura es el alma; es un contrato entre los corazones, mas sagrado que si estuviera escrito y que nos impone deberes imprescindibles :

Una amistad fiel y tranquila es el don mas precioso que podemos apetecer. ¡Cuán grande es nuestra dicha cuando hemos hallado un hombre en cuyo seno podemos confiar nuestros secretos con plena seguridad, y con cuya discrecion contamos mas que con la propia! Un hombre que con sus palabras calme nuestra inquietud, con sus consejos nos decida á tomar el partido mas prudente, que con su buen humor disipe nuestra tristeza y cuya sola presencia nos inunda de alegría. (*Autores varios.*)

Procurad tener un amigo que deslice en vuestra alma la verdad con